

Jorge Jobet

## Poesía del agua



H, las lágrimas del mundo sobre el hombre, el sollozo sin límites del agua! Gemido y orbe caídos como arroyo en la hondonada, y alegre invención de espanto para descender del cielo. Pulcros inmensos cántaros se prodigan húmedamente, y la tierra pone en ellos sus brazos esenciales. Porque quiere vivir y eternizarse, porque quiere limpiar sus manchas y sus ojos, porque quiere cabalgar el en líquido sin errores. Por eso se destroza y construye los cuerpos—los mismos vasos que habrán de limitarla—y se encoge como un río o un pájaro, o se arruga como una fruta cargada de tiempo entre los árboles. El agua se desliza por sus formas sin objeto, circulando en claro vuelo por el mal. Baja y sube, llora y canta, desaparece en su propio instinto como los caracoles invernales.

El grito que avecine el hombre al agua será como el océano lavando el velo de las nubes. O quizás como el misterio de los niños nuevos, tratando de entender

por qué el ave corrige al espacio. ¿Quién lo sabrá? Sólo el agua, espejo atormentado por dioses, que se entrega a todas las cosas y es hecha por éstas sin dificultad de contornos.

El agua tiene la particularidad de no ser agua, de anunciarse distintamente y transformarse en aparentes cabritos blancos. Las cosas viven de ella y su espíritu adquiere personalidad en presencia de las cosas. Sola, peregrina, agonizando en su mudable eternidad de trastorno, no se valoriza en su voz azul, aunque las abejas y las palomas la recorran. Tampoco la definen las hojas cansadas de sostenerse en sus pestañas, ni el filo de la espada donde juega la muerte. Pero sí, el océano, el lago, el río, el arroyo, la lluvia, la fuente y el rocío. El témpano y la nube bogan entre mar y cielo como dos peces sin escamas fijas. Allí el agua se expresa y es; posee su honda raigambre de vegetación espacial y se instruye lentamente como el celo de los morcardones. El césped, el árbol, el animal, el ave y las ciudades viven alrededor de ella, asumiendo un marcado riesgo de humedad cuando el viento sopla desusadamente y el vientre del agua contenida se desgarran como los odres bíblicos.

El agua no es en sí, sino en relación al mundo. Muchos dicen que la nube es siempre nube. Pero, no: la nube es, con frecuencia, un dedo de ángel o un vellón de lana impura. Otras veces, una luz que se cansó de navegar.

No olvidemos, pues, lo dicho, para entender lo que vendrá.

El mar, con su profundo cargamento de porciones y cuerpos llorosos, está rodeado de castos cinturones de vírgenes y de albos collares de cisnes moribundos. Vive en el agua su perpetuo naufragio de perros alucinados. El agua del mar no tiene personalidad; abunda en demasiadas voces para destacarse como un ser. Y las naturalezas extensas no alcanzan a pensar en su breve destino. De ahí que sean trágicas. Sin embargo, el viento ayuda al mar a comprenderse. Le sacude su calma de animal marino y lo obliga a construir nuevos órdenes; por ejemplo, un cordón de olas, reventones de espuma y fino soliloquio de llovizna. Pasa un barco, o un hombre montado sobre un libro de cardos, y el océano aparece como una justa necesidad familiar. En su permanencia ancestral encontramos un nivel sin pasiones; la tranquilidad del sentimiento y el recuerdo; el azar de los hipocampos sin bridas. Entonces nos atrevemos a jugar con el mar y hasta burlarnos de él. Las algas ayudan a desprestigiarlo. Llega la noche, con su paso viscoso y blando, y los potros indomables del espacio se encabritan como gigantes golondrinas equivocadas. La luna se empañará, y el rostro negro de su leve angustia será como la piel amarillenta del jacinto. Los marinos y los amantes, que fueron a tocar sus crestas polifónicas y se encontraron de pronto sobre el mar y de cara a la sombra, gritarán como buenos animales acostumbrados a mofarse de lo equilibrado y



aterrarse cuando se manifiesta el instinto libre de las cosas. La tempestad se irá arrastrando, levantando y obscureciendo, como las humildes lagartijas con ansias de ser cocodrilos. La gente morirá o no, pero su terror habrá existido en función del mar encabritado.

Cuando Dios contemple al hombre siempre tendrá que reírse con regocijo.

En las playas y en los puertos, donde los signos se desentrañan por el exceso de objetos flotantes, hay un alargamiento del ser, un pensar reconcentrado que se estira como serpiente. Es porque el hombre tiene por principio mirarse en el horizonte y más allá de él, hasta el infinito.

Los barcos desvencijados y los aviones destruídos como cangrejos célibes; las intrépidas gaviotas y las conchas de brillantes espumas; los marineros y las rocas desoladas acarician el mar con mansedumbre. El ser aislado, que va a soñar con opio y mujeres orientales, para huir de su fracaso momentáneo, se queda frente al mar, con sus ojos dulces temerosos de la eternidad. Y de nuevo desaparece el agua como motivo principal de inspiración. Los objetos están relacionados tan sutilmente, que sólo el espíritu es capaz de reunirlos, al igual que el agua.

Esto que he dicho se refiere al agua del mar. Tendré que hablar de muchas otras aguas, como ser, el agua del lago, del río, del arroyo, de la lluvia, de la fuente y de los floreros. Todas ellas constituyen la comprensión de su organismo como intuición poética.

En los lagos el agua ha finalizado sus aspiraciones vagabundas y no circula tan libremente como fuera de desear. Sus habitantes se renuevan muy de tarde en tarde. Los pájaros apenas bajan a cantar en sus orillas. Caen en silencio algunas ramas secas, formando místicos anillos musicales que excitan ingenuamente a las playas ahitas de piedrezuelas, saltamontes, luciérnagas ciegas, papeles gastados y cabellos meticulosos que olvidaron los adolescentes y las mujeres después de haberse amado. En general, estas aguas no tienen nada que ver con la actividad consciente. Discurren tan quietamente y con tal idéntica apariencia, que a las aguas del lago van a pasear turistas y muchachas soñadoras sin ninguna consistencia vital. Uno ve la algazara repentina de los lagos y permanece indiferente a sus ambiciones de inmensidad. Son tan pacíficos que no hay por qué temerlos. Sus aguas son blandas, limpias, limitadas y en constante grito sin gemido. Ir a un lago es renunciar a la exasperación para hundirse en el silencio. A los lagos irá siempre gente equilibrada agotada por el trabajo.

En los ríos predomina una aspiración a continuar por los valles verdes y asoleados, por entre muros de montañas gestándose, o a través de sosegados racimos frutales. No sé por qué el río es una impresión necesaria para el ensueño y la actividad. Su música es una invitación perfecta a la discordia. Además, cuenta con un hermoso secreto de inacabable incógnita. Será por-

que 'próximas a los ríos han crecido grandes civilizaciones y culturas.

Siguiendo paso a paso sus caudales y sus riberas, el paisaje varía y se muestra tan ricamente, que no hay tiempo para gozar de las variedades, sino de su augusto corazón. Los ríos llevan cantidades inestimables de cosas en sus aguas: peces, insectos, pájaros, zapatos de niños pobres, botones militares, restos de botellas quebradas anteriormente en las orillas, anillos de novias ahogadas y un sinnúmero de corchos y pedazos de diarios envueltos en cordura. Esto se refiere a su riqueza constante y común a toda su largura. Mas, ocupándonos ahora del paisaje que lo envuelve, la riqueza es prodigiosa. Comenzamos a andar desde un manzano silvestre y concluimos en un inofensivo caracol pisoteado por el borceguí del sol, o en un viejo molino que mueve juvenilmente sus ruedas oxidadas. En otras palabras, en este corto trecho hemos dejado una infinidad de materias y realidades que pueden reconstruir el mundo. Los ríos siempre son estanques de hallazgos imprevistos. Los caballos, los bueyes, los ladrones, los burros, las mujeres, los guerreros y los desamparados van a jugar a la ronda a la orilla de los ríos, terminando por embriagarse normalmente. Los zorzales se golpean los picos contra las ondas, y los animales beben afirmados en sus cuatro patas robustas, mientras que con la cola acarician levemente a los mosquitos juguetones y venenosos. El río se presta para todo esto y actúa como un padre lleno de perdón. Sus aguas



tienen para el aventurero un hechizo inexplicable, como asimismo para el suicida. Las mujeres precipitadas lo rehuyen, porque temen ser poseídas por un pez o un cordón de zapato malicioso que se ha transformado en anguila o pelo vivo. El río es la única institución democrática del campo.

No sucede lo mismo con el arroyo, la lluvia o la fuente. El arroyo existe en función de las campesinas y las flores silvestres. Es un sitio de realidad amorosa, medio y fin para engañar a las lentas doncellas enamoradas. En las márgenes de los arroyos han nacido hermosas canciones y enormes sollozos. También, niños sin padres legítimos. Hay alegría hirviente en sus aguas y normalidad infantil en sus piedras. Los sauces llorones y los boldos le dan al arroyo una particularidad asombrosa de poesía y duros pechos campesinos. El agua del arroyo apenas lame los pies morados de los trabajadores y moja las ecuánimes pantorrillas de las mujeres olorosas. Los perros beben en sus cuencos y olvidan sus correrías. Incluso las mismas gallinas, tan cobardes por naturaleza, se inclinan sobre el agua del arroyo y cortan largas tajadas refrescantes. Los patos y los jilgueros se revuelcan como en su propia casa.

Dije anteriormente que muchas hermosas canciones han nacido en las márgenes de los arroyos. Y esto es verdad. El arroyo es dueño de un canto inefable y dulce, constante y variado, audaz y acariciador, que induce a las personas a descubrirse el alma y a deshacerse de los pesares. Los arroyos están sobrados de

suspiros y pétalos de margaritas deshojadas. Permanentemente corren por sus aguas restos de cabellos peinados y enaguas arrancadas con violencia. Y el arroyo nunca se admira de estas desventuras naturales. Sus aguas humanas lavarán al recién nacido y lo acunarán si la madre se niega a mantener este sucio regalo paternal.

Yo estimo al arroyo por ser un deslumbramiento amoroso y un discurrir lírico en medio de la rudeza campesina.

La lluvia, ya sea en intermitentes parloteos o con fuertes latigazos movidos por los vientos libertarios, nos arrastra al centro de nosotros mismos y nos pone sentimentales. Con el rostro pálido, detrás de los vidrios cariacontecidos, vemos pasar a la gente y cavilamos sobre la vida y la muerte, el amor y la belleza, el triste ladrido de los perros y la salida del sol lujurioso. Neptuno, acudiendo sobre los techos y las calles, se desplaza eufóricamente y nos moja el espíritu con sus índices crepusculares.

La lluvia nos entenerce y nos acerca un poco más al reino de los animales domésticos.

Las fuentes y sus aguas no han tenido nunca una gran influencia en la cultura de los pueblos. Han permanecido alejadas del mundo, viviendo apenas con sus granitos de arena gris y uno que otro insecto muerto por el frío. Sólo la religión ha utilizado sus servicios, convirtiéndolas en sagrados símbolos de purificación.

Debemos distinguir las fuentes naturales de las fuen-



tes artificiales. Estas últimas se levantan en los jardines o en las plazas públicas, y sirven para que la niña de la casa observe los pececitos rojos que irisan sus aguas y para que los ebrios espanten sus espectros fantasmagóricos.

Las fuentes naturales son muy delicadas y húmedas. Generalmente refrescan al sediento. Nunca se va a meditar junto a ellas. Se las utiliza para menesteres pequeños, como el beber, y, en seguida, se las abandona. Sin embargo, hay fuentes puritanas y tranquilas donde calman sus nervios incontrolados las Magdalenas desengañadas.

Hasta aquí todo lo referente a las aguas importantes. Muchas otras viven en silencio, como ser, las de los charcos y las pozas, esperando que un buey enorme desparrame a las primeras y un casco de caballo o rueda de automóvil mate a las segundas. De estas aguas no hablaré porque su existencia es precaria, reñida con la poesía. En cambio, me ocuparé de las aguas solitarias de los floreros, metidas ahí para alimentar tallos y hacer que las hermosas mujeres siembren flores frescas en sus pechos temblorosos. Estas aguas no vibran aparentemente. Están inmóviles y sumergidas en sus estrechas reflexiones, deseando que una mosca o un movimiento de la mesa las sacuda para dar señales de vida. Bebiendo mariposas y pigmentos alimenticios, se han cubierto de espesura y coloreado, despidiendo el desagradable olor de las digestiones. Son aguas indefinidas por el uso doméstico, hartas de circunloquios

vegetales y reinos enredados en su seno. La niña encargada de refrescar continuamente las flores, opta por arrojar las aguas en el jardín reseco, y va a la llave a posesionarse de una delgada catarata, transparente y chillona, recién salida de la cañería abúlica. Esas aguas lanzadas repentinamente, sin ninguna deferencia cristiana, son aguas renegadas por su pasividad de escombros. Aguas mezcladas con sanjuanitos, polillas y flores, carentes en absoluto de pureza líquida.

No acontece lo mismo con el rocío, la cristalización más sublime que nos dió la naturaleza. El rocío es la purificación del campo, la dignidad del hombre, la belleza del mundo. Todo el universo encerrado en esta aspiración a la delicadeza. Música para el alma, color para el oído y forma para el pensamiento, el rocío es la quintaesencia del agua, la visión del vegetal, la defensa del pájaro y la aspiración del hombre puro, es decir, del poeta.

Dios habita dentro del rocío. Las vírgenes corren tras él. Yo quisiera alimentar a la humanidad con panes de rocío. La poesía y el amor existen en íntima concomitancia con el rocío, santa perla descansando en la eternidad.

Las aguas que, por un motivo u otro, se han transformado en cuerpos extraños a ellas, las dejo sin mencionar por su inquietud elemental. Aquí consigno sólo a las que han sido fieles a su elemento.

La fidelidad es una característica metafísica de la poesía.